

Luis Amador Sánchez

Reminiscencias españolas de Víctor Hugo



ESTIR de gala, el recuerdo de Víctor Hugo, en ocasión del 150 aniversario de su nacimiento, con el rico, lujoso, pero ya viejo ornamento romántico de su lirismo, porque haya sido el poeta de "Les feuilles d'automne", "Les rayons et les ombres", "Les contemplations", "La légende des siècles" et "Orientales" y, otros muchos más, no es suficiente, ni tampoco, sería en este año de 1952, la mejor y más luciente indumentaria para el homenaje al autor de "Les misérables". Los inmortales reviven, en cada momento, al compás de la época. La inmortalidad es una semilla perenne, que se entrega a la fecundación y renueva su virginidad a través de los siglos y hasta de los años. Rejuvenecida y fertilizada por cada clima social, el genio que le dió naturaleza, hace brotar el fruto que mejor conviene al sol que alumbra la actualidad. Y en la actualidad presente, el Víctor Hugo que surge con el vigor de su ejemplo, es el que se hizo político, para enamorarse de la diosa Libertad, que comenzó a sentir-la después de la revolución de 1830 y, a cantarla, en las "Orientales". Pero fué Luis Napoleón o Napoleon-le-Petit, quien le decepcionó y le colmó el deseo de batirse contra el despotismo y la tiranía, aceptando el exilio. Después del golpe de Estado de 2 de di-

ciembre de 1851 y de la cárcel en compañía de Cavaignac, Changarnier y Thiers, Víctor Hugo heredó la lucha espiritual del poeta y del escritor con su lucha política. Con frecuencia no sabemos bien distinguir al romántico y al exaltado liberal, donde está el hombre que pugna por la gran reivindicación política y el vate de las antítesis y de las grandiosidades, no raro, absurdas, porque ambas actitudes se confunden. Lo que es más exacto, se complementan.

La simiente, la simiente de Víctor Hugo, es la que no muere, ni se seca, ni se pudre. Y vuelve a florecer hoy, con su arrebatado ejemplar, en estos momentos de "golpes de Estado" también, de amenazas oscuras, más persistentes, a las libertades del hombre y a la libertad de los pueblos. La divisa literaria, humana y vibrante del luchador, de Víctor Hugo, está en las palabras que encabezan su diario el "Evenément": "Odio vigoroso de la anarquía; tierno y profundo amor del pueblo". Este misticismo por el pueblo y por la rebeldía liberal, lo adquirió Víctor Hugo por el proceso de la convicción, no porque fuese la letra que creyó más "adaptable" a su inspiración potente. Primero, realista, por el ambiente de su niñez, dominado por la madre Sofía Trebuchet, de estirpe vandeana y por lo tanto con hondas debilidades monárquicas y aristocráticas, sin que el padre Leopoldo Hugo, revolucionario progresista, pudiese contrarrestar aquel influjo sobre el futuro poeta quien después, se prendió en el fuego de la admiración patriota por las glorias que había acumulado el gran Napoleón, como hicieron casi todos los eminentes contemporáneos suyos. Fué por la ruta del humanitarismo que abjuró de su monarquismo y que condenó a los reyes absolutos y déspotas, robusteciendo así su imponente personalidad literaria y social. "Les Châtiments" de 1853, los "Castigos" del Juvenal de Francia, como se ha calificado acertadamente a esa sátira indignada de Víctor Hugo, constituyen una extraña realización de estética al fundir lo abstracto y puro en poesía, a lo subjetivo o personal del hombre que esgrime la diatriba política. Si es excеси-

vo el epíteto y la tonante irritación del republicano se desborda abusivamente, en "Les Châtiments" de Víctor Hugo, late todavía una vena plena de ardor capaz de comunicarnos su fiebre o, por lo menos, invitarnos a recitar las estrofas al ritmo de aquella "cuerda de bronce", que el poeta dijo que añadía a su lira para cantar la desesperación del pueblo. Sí, la voz de Víctor Hugo, repercute, no sólo por romántica en lo que tiene de bello su lirismo, sino por lo que tiene de universal, de constante, de eterno. Paul Claudel, acaba de escribir que Víctor Hugo aún sirve para dar a las almas oprimidas y deprimidas de hoy una lección de entusiasmo. Todo lo que ha sentido la humanidad presente, bajo el yugo de las dictaduras, bajo el imperio de la fuerza, bajo la injusta persecución, bajo los brutales golpes de Estado; todo lo que ha experimentado ante la violencia, la fuerza, la guerra inhumana; todo lo que han sufrido las víctimas muertas y lo que sufren las víctimas vivas, mártires, inadaptados, proscritos, fugitivos, desplazados, todos tienen su conciencia allí, despierta, en la inmensa palabra majestuosa, con arranques imprecatorios o con ondulaciones de aguda ironía, de los versos y de la prosa de Víctor Hugo, palabra de protesta, de acusación, de virilidad. Palabra viva de Víctor Hugo... Este Víctor Hugo, humano, liberal, republicano, que combatió con su pluma como si fuese una espada mitológica contra la opresión, que encauzó su conducta, su vivir, su existencia a ese colosal empeño de redención, convertido en su filosofía, de liberar al mundo en 1851, y de todas las fechas, de Francia y de cualquier país, de liberarlo de la injusticia y de la violencia, este es el Víctor Hugo, que se impone en este centenario. Su época, fué una época semejante a la nuestra, acaba también de afirmar uno de sus biógrafos y comentarista. Mathew Josephson, escribe en su "Víctor Hugo", que llama de "biografía realista del romántico": "En Víctor Hugo tenemos uno de los más grandes ejemplos del tipo humano sedentario y meditativo que abandona su estudio para vivir en la vida pública. Vivió en una época semejante a la nuestra y vivió su tiempo valerosamente. El suyo es un ejem-

plo de esperanza". Se han recordado las frases, que en el día del entierro del poeta, pronunció el entonces primer ministro francés: "Todo un pueblo le sigue hasta su tumba; porque ¿qué hombre de nuestro tiempo no está en deuda con él? La democracia de todas partes lamenta su muerte". No olvidemos ahora, de Víctor Hugo, lo que representa para el mundo nuestro que, al parecer, se debate trágicamente por el triunfo de la democracia. Víctor Hugo se nos presenta como el primer paladín de ella, y he aquí una de sus confesiones en pleno Parlamento francés: "Yo nací en una clase que hizo de mí un realista desde la infancia, antes de saber lo que era. Luego al envejecer en experiencia y con la ayuda de la meditación, en forma paulatina, como muchos de mis contemporáneos, llegué a hacer mías las ideas de mi época y de mi país. Yo, en mi oscura y limitada persona, soy una prueba viviente de la verdad y de la irresistible fuerza de ese movimiento que tiende hacia la democracia y al que vosotros os oponéis".

Si queremos rebuscar los orígenes del movimiento de la emancipación del hombre moderno y hasta la prístina fuente de la vigente aunque teórica Carta de los Derechos Universales del Hombre, adoptada por la ONU, en diciembre de 1948, nos encontramos con el autor de "Les Misérables", de "Les travailleurs de la Mer", del anticlericalismo humanitario del drama "Le Pape", y de "Les Chansons des Rues et des Bois". Nos encontraremos con Víctor Hugo, el hombre que vivió una vida "humana", sin desequilibrios, ni torturas lastimosas que aquejaron a los románticos de su tiempo, con sus lógicas ambiciones y vanidades, con sus placeres normales, con sus naturales defectos y con sus disgustos también "humanos", hasta por lo íntimo y doméstico. Víctor Hugo, auténticamente representativo de la Francia que ha enseñado al mundo la dura escuela de las libertades, con sus revoluciones históricas, se alza, hoy, con la fuerza de su expresión acusadora y con la inagotable lección de su estímulo, para que no perdamos la fe en ese "mundo mejor"

que hoy se quiere conseguir aunque sea con la preparación de las armas en la mano.

* * *

Los pueblos admiran siempre sus grandes hombres y a sus grandes literatos, sin que pueda decirse justamente que sigan leyendo las obras de los últimos. Conocen y reverencian sus poetas eximios que pasaron, dejando la estela imborrable de sus nombres adheridos al sacrificio de sus luchas. De sus versos se conocen los que una tradición oral ha ido transmitiendo, de sus obras, lo que ya ha proyectado el símbolo de sus héroes imaginados. Es el caso del *Quijote* entre los españoles, sin haber leído a Cervantes. Otro tanto podría decirse de los franceses, de muchos franceses que adoran a su mayor romántico, sin haber agotado todas las páginas de una sola de sus novelas. En la prensa literaria de París, con motivo de la efemérides del 150 aniversario del nacimiento de Hugo, las plumas ilustres han abordado diversos aspectos de la inmortal figura. Se ha llegado a inquirir de los jóvenes escritores, si, efectivamente, leen a Víctor Hugo, o bien, cuáles son sus versos preferidos. No ha faltado quien sinceramente ha proclamado estar lejos de admirar la poesía de Víctor Hugo, sin dejar de admirar su singular espíritu. Mas, para todos, el hombre, o el poeta, o el escritor, está presente. Para Jules Romains, los mitos de Hugo, son de una constante validez. Para Montherland, Hugo, no tiene en 1952 el crédito que él merece, aunque una antología de lo producido por su inteligencia, causaría muchas sorpresas. Julien Gracq, apenas si hojea "Los Miserables" y cree que poco vuelven a leerlo los demás, pero no se atreve a afirmar que el gran público no le sea más fiel de lo que se piensa. Para Fernand Gregh, es el precursor de la poesía moderna. Para François Mauriac, es el heroísmo de la banalidad y le evoca, inclinado sobre un abismo donde ruge un torrente eterno, al que se le pregunta: "¿Quién eres tú?" y la sombra responde: "Yo

no soy nadie. Yo soy Víctor Hugo". A los intelectuales de la hora presente, la evocación de Víctor Hugo, aturde. A la crítica le causa zumbidos, tener que enfrentarse, con la mentalidad actual, y como homenaje al recuerdo, con un genio de la especie de Hugo. Un historiador de la literatura francesa, sale al paso de la turbación que produce esa agobiadora figura, diciendo: "Víctor Hugo es un monumento nacional como el Panteón donde reposa. El más ignorante de los vagabundos conoce su nombre y le venera. Los principales acontecimientos de su vida, la infancia sublime, el matrimonio con Adela Foucher, la batalla de *Hernani*, la traición de Sainte-Beuve, su larga unión con la comedianta Julieta Drouet, la muerte de Leopoldina ahogada en Villequier, el fracaso de las ambiciones políticas, el combate contra el Segundo Imperio, los años de exilio, el regreso con la República bajo la cual consigue ser diputado por París, después senador por el Sena, la muerte de sus dos hijos, la locura de su hija Adela, los años del buen abuelo de la avenida de Eylau, en fin, la pompa de sus exequias, con la noche bajo el Arco del Triunfo y la "kermesse" popular, todo esto, está presente en la memoria de todo francés un poco ilustrado... Víctor Hugo ha recibido la bendición laica y popular. Nadie lo frecuenta, pero todo el mundo lo tiene como reserva para las ceremonias decorativas. En el país que ha visto nacer, en dos siglos, Villon, Rabelais, Ronsard, Montaigne, Descartes, Corneille, Pascal, Molière, La Fontaine y Racine, el triunfo de Víctor Hugo es uno de los misterios más desconcertantes" (1). Este historiador no perdona el éxito de "Les Misérables", ni de *Nôtre-Dame de París*", ni de "La Légende des Siècles", ni de "Les Châtiments", con arbitrarias comparaciones con Stendhal, con Mallarmé y con d'Aubigné. "Sus perspectivas históricas —dice, de Hugo— son de una descomedida pobreza. El conjunto de sus ideas sobre la literatura, sobre la política, sobre Dios, sobre el mundo es totalmente pueril que no merece siquiera el examen".

(1) Kléber Raedens, *Une histoire de la Litterature Française*. París, 1945.

Al final de este despiadado criterio, reservado para Víctor Hugo, en una época como la nuestra, se contenta el analista con afirmar que "Hugo será verdaderamente revelado a la Francia el día, en que después de haber sido olvidado durante un siglo, le descubra un crítico ingenioso".

* * *

No voy a pretender yo ser el crítico ingenioso que descubra el "misterio" de Víctor Hugo. Me contento, en esta intimidad de mi exilio voluntario, en recordar con énfasis lo que su obra me impresionó en mi juventud y en redactar con un cierto sentimiento de gratitud, estas notas a las que pongo orgullosamente el título de "Reminiscencias españolas de Víctor Hugo". Gide, en sus "Incidentes" observa que Víctor Hugo fué un mediocre psicológico. Esto poco dice, desde la zona espiritual que el autor del "Inmoralista", contempló los hombres y las cosas. Desde el siglo de Hugo, hasta hoy, la psicología ha dado muchísimas vueltas, rondando por muchos campos, sin asiento fijo, apartándose cada vez más de la filosofía. Y de aquí que siguiendo a la crítica más moderna con sus ambiciones ontológicas al par que restringidas al concepto de psicología objetiva, no digo que haya "descubierto", pero que a mí se me ha revelado un Víctor Hugo psicólogo, entendiendo como tal el hombre irreductible en su liberalismo afanoso, que se pasó en el destierro de las islas del Canal, puede decirse que los dieciocho años que duró el imperio de Napoleón III, sin dar descanso a la pluma batalladora. Víctor Hugo poseyó el instinto de que la Revolución, la gran Revolución, apenas había alboreado en Francia, como espejo para el mundo, y que la lucha por la libertad, sería larga, áspera y cruel. Tuvo el instinto de lo que habría de sufrir el alma de los pueblos. ¿Cómo negarle esta psicología? Los de mi generación, quizás leíamos sus versos, como práctica del francés que apren-

díamos en el Instituto de Segunda Enseñanza, pero escogíamos los que queríamos guardar en la memoria:

*Je bais l'Oppression d'une haine profonde,
aussi lorsque j'entends dans quelque coin du monde,
sous un ciel inclément, sous un roi meurtrier,
un peuple qu'on égorge appeler et crier,
j'oublie alors l'amour, la famille, l'enfance
et les molles chansons, et le loisir serein,
et j'ajoute a ma lyre une corde d'airain.*

Mas leíamos sus novelas, en traducciones anónimas al español, en ediciones baratas que divulgaban a los románticos franceses y "Los miserables" nos sugestionaban, al punto de someter la obra a repetidas lecturas. Reminiscencias españolas de Víctor Hugo, y muchas, en esta hora, precisamente, de recogimiento, después de tantas vicisitudes desde la catástrofe española de 1936. Por eso hemos empezado, a nuestro modo, cantando la gigantesca figura de Hugo, hasta el propio Luis Napoleón Bonaparte, el del golpe de Estado de 1851, el de la Segunda República y el del Segundo Imperio, guarda su reminiscencia española, al haberse casado con la bella andaluza, de Granada, Eugenia de Montijo, a quien Próspero Merimée ayudó para el matrimonio, que era condesa pero no de sangre real y que fué Emperatriz de Francia, y arquetipo de la elegancia en Europa. Con un cierto sabor familiar, acude a mí el recordar las cosas españolas de Víctor Hugo, en esta lejanía de la patria a la que no se pierde de vista en el tumulto de las pasiones políticas y de la presente confusión internacional. Son hombres como el desterrado en Guernesey que nos envuelven en su halo de esperanza. Así lo ha recordado ahora François Mauriac, en su artículo de "Le Figaro", cuando el eco de los versos de Hugo resonaban bajo la ocupación nazi, y Mauriac evoca lo siguiente: "Jean Blanzat no ha debido olvidar los versos, transformados bruscamente en sublimes,

que yo le murmuraba en la plaza de la Concordia el flotar allí la cruz gamada:

*Oh, France, quoique tu sommeilles,
Nous t'appelons, nous, les proscrits!
Les ténèbres ont des oreilles
Et les profondeurs ont des cris".*

Para la patria caída, y para los que sufren, siempre está el hermano Víctor Hugo, con su acento de consuelo y de fe. Ahora también me place a mí recitar las estrofas que decoré años atrás, sin pensar entonces que ahora se harían también sublimes.

* * *

Por la literatura española fluye una influencia recíproca de Víctor Hugo. André Maurois, en su crónica de homenaje en "Les Nouvelles Littéraires" indica que no se puede exagerar la influencia en Víctor Hugo de la grandeza española: "Calderón, Lope de Vega, serán sus maestros tanto como Shakespeare. Sus enanos recuerdan los de Velázquez". Su Esmeralda de "Nôtre-Fame" es del linaje de la Tarsiana del "Libro de Apollonio", uno de los grandes poemas anónimos españoles del siglo XIII y cuya descendencia antes de llegar a Víctor Hugo ha pasado por la "Gitanilla" de Cervantes. El Cid, del "Cantar de Rodrigo" le inspira su romancero homónimo en "La leyende des siècles", como inspiró a Heredia y a Leconte de Lisle, reproduciendo luego el personaje Don Rodrigo en "Les Orientales". Recordemos su pieza maestra "Hernani". No obstante, es Víctor Hugo el que predomina en los límites del romanticismo español. Casi todos los poetas, más que influidos le imitan y hasta le traducen. José de Espronceda le refleja lealmente en sus cuadros líricos de patetismo social, como presente está en Juan Arolas, catalán, vehemente admirador de "Les Orientales" y en Gertrudis

Gómez de Avellaneda, la cubana españolizada, poetisa de mérito, e igualmente sugiere más tarde a José Echegaray. Víctor Hugo, subyuga a los dramaturgos Martínez de la Rosa, granadino, a Antonio Gil y Zárate, castellano, famoso por su "Guzmán el Bueno", a Antonio García Gutiérrez, andaluz, autor de "El Trovador", que sabe traducir magníficamente los versos de Hugo. Los cultivadores de la novela histórica española, le tuvieron como modelo, como Trueba, Larra, Estebáñez Calderón y Enrique Gil. Francamente imitador, fué el catalán Ramón López Soler que con un seudónimo publicó su novela "La catedral de Sevilla", a semejanza de "Nôtre-Dame de París". Descollaron como traductores españoles, el guipuzcoano Eugenio de Ochoa, que vertió el "Hernani" y el valenciano Teodoro Llorente, el más sobresaliente, en la traducción de románticos extranjeros, como Goethe, Byron y Víctor Hugo. Más modernamente, el reflejo de Hugo se observa en el propio Benito Pérez Galdós, realista, pero que palpita con los trágicos idilios al modo del autor de "Los Miserables", como cuanto trata el drama sentimental de "Marianela". En 1924, los hermanos Antonio y Manuel Machado, en colaboración con Francisco Villaespesa, vertieron en sonoras estrofas castellanas, la fulgurante poesía de "Hernani" de Víctor Hugo.

Pero las reminiscencias españolas de Víctor Hugo, que ahora nos atraen, no se cifran en ese recuento de influjos literarios, que por lo demás están al alcance de todo buen lector de historia de la literatura de España.

* * *

Víctor Hugo estuvo en España. Con su padre, primero, en Madrid, muy joven, en 1812, donde estudió en el colegio de los Nobles. Su interesante estancia en España data de 1843, y este viaje lo hizo por la región vasca, por el Pirineo español. La ruta de Víctor Hugo por estos lugares cantábricos, ocupa una parte de sus

obras completas. A este respecto, Martínez Ruiz, "Azorín", escribió hace unos años, un comentario, con ocasión de haber publicado el editor inglés Tomás Nelson, el último volumen de las obras de Víctor Hugo, dedicado a los viajes del poeta por Francia, Bélgica, los Alpes y los Pirineos. Y allí se encuentran las impresiones y noticias de España. Anduvo Víctor Hugo, por la provincia de Guipúzcoa (San Sebastián, Pasajes, Lezo, Hernani, Tolosa) y por la de Navarra (Pamplona). Se cuenta que en su visita a la pequeña ciudad de Hernani, se fijó en que los guardias del municipio llevaban en los uniformes las iniciales V. H. abreviatura de villa de Hernani. Al poeta le llamaron la atención las dos letras y preguntó el significado al alcalde quien con sagacidad muy española, aprovechó la coyuntura para halagar al visitante, respondiéndole que las siglas significaban "Víctor Hugo", en homenaje al ilustre huésped. Es posible que no pase de una anécdota bien urdida. Lo cierto es que a Víctor Hugo le encantó el paseo. Estaba en plena arrogancia física y ya era célebre en España. Era el autor de "Odes et Ballades", "Han Islande", "Bug-Jarjal", "Cromvall", "Orientales", "Hernani", "Nôtre-Dame de París", "Les feuilles d'automne", "Marion Delorme", "Le roix s'amuse", "Chance du crépuscule", "Les voix intérieures", "Ruy Blas" et "Les rayons et les ombres". De aquel viaje a Vasconia, de Víctor Hugo, ha quedado sobre todo como agradable recuerdo su estada en Pasajes, donde vivió una corta temporada como pensionista en una de las viejas casas del bello y apacible puerto. Por desplazamientos familiares, viví en mi mocedad en Irún, al lado de la frontera francesa y después esta vinculación con Guipúzcoa, se prolongó, pasando los veranos en San Sebastián. Conozco muy bien aquellos lugares pintorescos, del litoral vasco y de las tierras del Urumea y del Bidasoa, los históricos sitios de Loyola, de Fuenterrabía y de Guetaria. Mis primeros contactos con Francia son de aquella época, cuando a pie, paseando por la tarde, atravesaba la frontera en Hendaya o en Behobia. Docenas de veces, fui de Irún a San Sebastián, deteniéndome en Rentería, por

la línea férrea o por la carretera, para comer succulentas galletas de una fábrica, que ya no sé si existe hoy, o parándome en Pasajes, para gustar sabrosos platos de pescado, rociados con sidra, en algún mesón a la orilla del muelle. Es encantador, el puerto de la ría de Pasajes. Dos montañas se abren para dar entrada al mar, que luego se extiende como un gran remanso. El caserío se alinea en la falda de los montes, mirándose en el espejo de las aguas. Nada de extraño tiene, que de todo lo visto por Víctor Hugo, en aquella costa, se prendase de aquel rincón, tranquilo, idílico, perfectamente romántico. Es un vetusto poblado, en el que abundan rancios muros y fachadas oscurecidas con blasones de piedra. La decisión del poeta, de alojarse en una de aquellas casas de pescadores, debió de causar asombro, pero la verdad es que se acomodó en Pasajes. He conocido lo que fué albergue de Víctor Hugo, en aquel puerto vasco. Había entonces una sencilla placa, conmemorativa del paso por allí del autor de "Nôtre-Dame". Hoy, ya es un museo, la Casa de Víctor Hugo, adquirida por la familia de Orueta, con muebles del estilo de aquel tiempo. Es una casa de marineros, con un balcón de hierro, que mira sobre la misma orilla de la bahía. Víctor Hugo, dejó dibujada una pequeña planta de esa casa. Lo que escribió durante su veraneo en Pasajes, realmente, fueron las impresiones de sus paseos diarios, por entre las callejas del pueblo y por las sendas de la montaña. No escribía allí su obra "Hernani" como afirma un cronista español mal informado, porque ese drama ya lo tenía escrito hacía doce años. Pero nos ha legado, amables estampas escritas de su permanencia en Pasajes, como ésta que también cita Azorín, en su crónica sobre la publicación del editor inglés Tomás Nelson, ya referida. "Descubro un inmenso horizonte —dice Hugo—. Todas las montañas hasta Roncesvalles. Todo el mar, desde Bilbao a la izquierda; todo el mar desde Bayona a la derecha. Escribo estas líneas acodado sobre un bloque en forma de cresta de gallo que forma la arista cimera de la montaña. En este bloque rocoso, han sido grabadas, profundamente a pico, estas tres letras, a la

izquierda: L. R. H., y estas dos a la derecha: V. H. En torno a la roca hay una reducida meseta triangular de prados calcinados y rodeada de una especie de foso hondo. En una hendidura diviso una florecilla que he cogido". ¿Se acordaría más de una vez el poeta inmortal, de estas perspectivas rocosas de Pasajes, años después, en su exilio, entre los cantiles de Guernesey, azotados por el bravo mar de la Mancha, comparándolos con las verdes cuevas de los montes de Pasajes, besados por aguas mansas? La delicadeza que impregnan las páginas escritas por Hugo, en aquella temporada española, guardan también otro secreto del insigne vate francés. Cuando apareció por Pasajes, aún no se había desprendido del realismo napoleónico o del monarquismo que le había enseñado la burguesía maternal de su infancia. Pero fué en aquella época, por aquellos años, a los que corresponde su estancia en Vasconia, cuando llegó a la encrucijada que habría de decidir su ideal político. ¿En cuánto participó, para la futura ruta de sus convicciones, el contacto que tuvo con la modesta y trabajadora gente del puerto de Pasajes? ¿Fué una de sus escuelas de humanidad? Fué entre 1830 y 1848 que Víctor Hugo experimentó el tránsito de sus ideologías. Cuando en la última fecha se votó en París por la Asamblea Constituyente, la vacilación del poeta era evidente entre la derecha o la izquierda, pero al ser elegido para la Asamblea Legislativa, decididamente se afilió entre los demócratas republicanos. En el año de 1843, en España, hervía la intranquilidad nacional, y en las provincias del norte español, humeaban todavía los rescoldos de la guerra civil de sucesión. La insurrección, continuaba ahora contra la regencia del general Espartero y se preparó el reinado de Isabel II, que duró hasta 1868, con el destronamiento. Más rezagados los acontecimientos en España que en Francia, el panorama político, no obstante se asemejaba muchísimo. En 1870, se proclamaba la tercera República en Francia, obligando a la abdicación de Napoleón III, tres años después se proclamaba también en España, otra República, la primera, efímera, de apenas un año de duración. A los poetas y litera-

tos españoles que hicieron gala de sus arrebatos liberales, les faltó el aliento de la continuidad, que le sobró a Víctor Hugo. Más de un romántico español, que cantaba con atuendo himnos a la libertad, y que alcanzaron fama, como un Espronceda, en el atardecer de los años, suspiraban arrepentidos por sus extravagancias de la juventud. Víctor Hugo, en ese atardecer, seguía manteniendo la llama de sus rebeldías, enriqueciendo su obra, con el anticlericalismo de "Le Pape" y de "La Pitié Supreme" y "Torquemada". El genio no renunció nunca a la prócer e insobornable intención de sus rimas.

* * *

En este 150 aniversario del nacimiento de Víctor Hugo, nuestro homenaje es la peregrinación mental a la vieja casa de pescadores, tantas veces contemplada en Pasajes, a aquel añorado rincón marino, donde residió el poeta francés que añadió a su lira una "cuerda de bronce" para cantar la desesperación de los pueblos que sufren la opresión. Desde entonces hasta hoy, la cuerda ni se ha roto, ni, lo que es peor, los años no la han oxidado. El tiempo continúa haciéndola vibrar desde muchos puertos como Pasajes, y en muchas latitudes todavía...

S. Paulo, Brasil, febrero de 1952.